





EL OJO INSCRITO

LOLA LLATAS

NUMAK

El ojo inscrito

Primera edición: noviembre de 2025

©2019, 2025, Lola Llatas, en colaboración con

Agencia Literaria Antonia Kerrigan

©2025 Numak Ediciones (Served Numak S.L.)

C/Pineda Fosca, 4. 08100 Mollet del Vallès (Barcelona)

©2025, Juan Alberto Hernández, por la cubierta

©2025, Numak Ediciones, por la maquetación

©2025, Numak Ediciones, por la corrección

Fotografía de la autora: Francisca Marco

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la leyes de *copyright*.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org 917021970/932720445).

ISBN: 978-84-129584-2-3

Depósito legal: B 19423-2025

Printed in Spain – Impreso en España

*Al pueblo de Turís, a la que fue mi casa,
que casi linda con la era. Que tenía una ventana
desde la que se veía el cosmos enorme y a mi diminuta.*

PRÓLOGO

LO ENCONTRARON AL CABO DE TRES DÍAS PANZA ARRIBA SOBRE UNA acequia. Tenía las articulaciones desencajadas, golpes y morados por todo el cuerpo, y un ojo más fuera que dentro. De todo lo que mi madre me dijo, su voz apenas audible entre los sollozos, lo del ojo es lo que me sobrecogió, como si fuera más terrible que haberlo encontrado muerto.

Un ojo más fuera que dentro.

No dejaba de pensar en el ojo de mi tío, abierto, horrible y doloroso. Solo esperaba que se le hubiera salido siendo ya un cadáver, después de caer por la ladera y estamparse contra todas las piedras y ramas que rasgaron su piel.

Un ojo más fuera que dentro.

Como quien, al descorchar una botella de cava espera atento, en silencio, guardando la ovación, a que el tapón salga disparado.

Un ojo más fuera que dentro.

Se lo encontró Sebas, el dueño del campo. Abrió la compuerta para regar por la mañana y notó que algo obstruía la salida. Cuando

se acercó a ver el bulto pensó en un animal. Ni se le pasó por la cabeza que sería mi tío Pascu hasta que no estuvo encima.

Ni fue al entierro de la impresión.

Como mi tío Pascu era el simplón, el tonto del pueblo, todos se revolviéron con su muerte, e incluso salió en la página web del municipio. La pena les duró dos días. Después se convirtió en el pobre desgraciado al que le había fallado el pie y se había ido monte abajo hasta acabar entre las zarzas de la acequia.

A mi tío Pascu en la vida le ha fallado un pie.

Así el pueblo se quedó sin tonto y yo sin tío.

Así empieza la historia que te he venido a contar.

1. MI TÍO PASCU

ME LLAMO MARCELO Y TENÍA QUINCE AÑOS AL COMIENZO DE ESTE relato. Perdona que no te revele más acerca de mí, pero hoy en día el mundo es muy pequeño y estamos demasiado bien comunicados. No te sería difícil encontrarme en las redes si te cuento más.

Vivo en un pueblo del interior. No escribiré su nombre por el mismo motivo, y porque tampoco merece que se le recuerde por los hechos atroces de esta historia.

Según el censo, éramos entonces unos dieciséis mil habitantes.

Me parecen demasiados, porque me da la impresión de que nos conocíamos todos. Somos un pueblo de los de antes e, incluso en pleno siglo XXI, aún se ve algún carro con mula y perro atravesando la avenida de abajo.

Estamos a diecisiete kilómetros del pueblo más cercano, que tampoco nombraré. Entre medio, campo: olivos, naranjos, parras... Montes de matorral bajo y bosque, secos la mayor parte del año.

Los nombres propios que incluyo en mi relato también son falsos. Existen, te lo aseguro, igual que existo yo.

Igual que existía Pascu.

Pascu.

A mi abuela le dieron un balonazo en la barriga estando embarazada de él. Contaba que oyó chillar al feto y ponía a mi madre de testigo, que se limitaba a respirar hondo y asentir. Esa fue su explicación para que mi tío naciera con la columna más torcida que un garrote, fuera más lento que los otros niños e incapaz de aprender nada en la escuela.

Pascu se crio en el monte, llevando agua a los jornaleros o cuidando camadas de cachorros a los que la madre no atendía.

Para el resto no fue más que el infeliz que pasó la vida satisfecho como un rey, un niño atrapado en el cuerpo de un hombre incapaz de percatarse ni entender el mundo que le rodeaba; pero Pascu no era así. A él le importaba todo, y lo entendía mejor que nadie. Le he visto llorar a moco tendido junto a un nido de gorriones caído por el calor o chillar de tristeza con las noticias del telediario. Era capaz de identificarse con cualquier ser que sufriera y empaparse en su dolor. Era bueno y padecía hasta la saciedad por todo.

Era bueno... y humano.

Era peculiar.

Era mi amigo.

Su muerte significó un palo tremendo para mí. Además de la tristeza natural por haber perdido a una de las personas más importantes de mi vida; sentí rabia al darme cuenta de que nadie lo había conocido como realmente era.

No era justo.

No merecían nombrarlo y lamentarse. Me hervía la sangre cuando se referían a él como el pobre diablo, torpe y desmanotado, que se despeñó.

El día que lo encontraron, el ambiente a mi alrededor se oscureció unos grados, creando sombras nuevas que se me antojaron amenazantes, los sonidos se amortiguaron y el suelo tembló le-

vemente bajo mis pies. Los asuntos cotidianos distorsionaron su importancia y, en el negro de mis párpados, solo hubo sitio para Pascu.

Pascu y su ojo.

Pascu enredándose en las ramas, arraigándose en el terreno.

Cualquier cosa que me dijeran me sentaba mal y no era capaz de entretenerme con nada. Supuse que así se somatizaba la angustia de perder a alguien querido, pero a veces presentía que había algo más. Todos los días, al volver a casa por las calles desiertas del pueblo, presentía que me lo iba a encontrar en algún recodo. Al subir a mi habitación, podía vislumbrar su silueta en la escalera. Si me asomaba a la ventana en plena noche, me parecía ver su cuerpo torcido y chepado, alejándose por el monte... pero lo más extraño de todo, aún más raro que lo que acabo de confesar, es que en ocasiones sentía que Pascu veía a través de mí; que yo era él. Notaba su respiración acompasada con mi aliento, sus manos clareando sobre las mías o el vaivén de su pecho al exhalar en el mío propio. Entonces, me asustaba.

No me atreví a discutir estas cuestiones con nadie, ni siquiera con mi madre, su hermana mayor.

—Es normal que te sientas así, raro —me decía ella—. Pasabais mucho tiempo juntos, y ahora, Marcelo, tienes que ajustarte a la vida de nuevo, sin tu tío.

Para mi madre, que lo había cuidado toda la vida, tampoco era ni un infeliz ni un desgraciado. Por eso nunca me atreví a preguntarle cómo se sentía ella; hubiera significado tener que ahondar más en cómo me encontraba yo.

Y así esperé, hasta ver si las sensaciones extrañas de tenerlo cerca o dentro de mí, se ajustaban.

Recuerdo una noche, era viernes, 6 de octubre, habíamos cenado en el bar de las casitas y charlábamos en la plaza unos cuantos. Comíamos pipas.

Estaban: Ricardo, mi mejor amigo; Bruno con Pura, que se había traído a sus amigas Amelia y Carla; y Paco con los de la clase de al lado. Era agradable. Solíamos reunirnos allí en verano y el clima nos había permitido seguir alargándolo, pero aquella noche el buen tiempo se fue de golpe, como si alguien lo hubiera apartado de un manotazo, y una brisa gélida como el dedo de un muerto nos pilló totalmente desprevenidos.

Yo no soy nada friolero, pero Amelia, que llevaba una manga muy fina, temblaba como una hoja. A mí me gustaba mucho Amelia, pero no lo sabía nadie, y ella, menos.

Nos mirábamos de refilón de vez en cuando y a veces pensaba que yo también le gustaba a ella.

Me ponía nervioso y no atinaba ni a hablar. Solo torcer la mirada en su dirección y ya me ponía rojo. Me subía un calor absurdo e incontrolable. Desviar la vista no ayudaba mucho, porque me imaginaba su pelo castaño claro, la manera en la que se colocaba los mechones detrás de la oreja, el brillo de sus ojos... y me ponía malo.

Tenía unas ganas locas de dejarle mi cazadora, pero no veía el modo de hacerlo sin levantar sospechas. Mis amigos eran un poco bordes y siempre estaban ojo avizor. En serio, yo no sentía frío. Si hubiera sido uno de mis colegas, o alguna de las otras chicas quien estuviera congelándose, se la hubiera prestado sin dudarlo, pero con ella no era tan fácil.

—Chicos, yo me voy —dijo Amelia, al fin—. Estoy muerta de frío, así que me las piro.

Vale, aquella era la ocasión que estaba esperando, pero tenía que ser rápido y decirlo sin sonrojarme cuando me miraran los otros.

—Toma mi cazadora, anda.

Me salió brusco, con un desinterés total. Estaba orgulloso de mí mismo.

Amelia se volvió hacia mí. Mi brazo estaba tendido con la chaqueta en su dirección, pero mis ojos estaban a otra cosa. Total in-

diferencia, eso quería. Noté un tirón y la miré entonces. No había sido ella, sino Pura la que tenía mi chaqueta en la mano. Amelia seguía con los ojos clavados en mí.

—Toma, ponte la chaqueta de este desagradable que te vas a congelar —ordenó Pura a Amelia, tan tajante como siempre—, y nos vamos para casa, que yo también estoy fatal. Bruno y Segis nos llevan. Bruno, va, que nos vamos.

Y no hubo más que hablar. Pura con Bruno, y Segis, que también tenía moto, la llevaría a ella. Apuesto a que estaba encantado con su cometido.

—Volvemos ahora —avisó Bruno—. No tardamos.

Y los vi irse en las motos. Amelia abrazada a la cintura de Segis con mi chaqueta puesta, pegada a él.

Sentí un nudo en el estómago. Se la había llevado delante de mis narices y no quería quedarme a contar los segundos hasta verlos regresar. Por un momento pensé en hacerlo, quedarme y cuando estuviera solo con mis amigos, dejar caer que me gustaba Amelia para que no se metiesen en mi camino, para liberar esta maldita angustia de sentirla tan lejos, pero ¿y si para entonces Segis ya tenía algo con ella? ¿Por qué lo había elegido Pura para acompañarlos? ¿Sabía algo que el resto desconocíamos? Pura no daba puntada sin hilo.

Me puse en pie. Estaba nervioso. Me hervía la sangre. Tenía que haber traído la moto vieja de ir al campo, pero, aunque hubiera podido convencer a mis padres para traerla a la plaza, igual ni hubiera arrancado y el ridículo hubiera sido mayor.

El nudo del estómago se estaba extendiendo en forma de enfado al resto del cuerpo. Me largaba. No quería saber nada de nadie, ni siquiera de la chaqueta, agarradita a la cintura de Segis.

—Me voy yo también —anuncié, poniéndome en pie.

—Marcelo, ¿ya? Pero si es ahora cuando vamos a divertirnos, que se ha ido la ogra —replicó Ricardo, refiriéndose a Pura.

—Ya te vale —se quejó Carla, defendiendo a su amiga.

—Estoy cansado —insistí, y comencé a andar.

Avancé dando grandes zancadas hasta salir de la plaza. No quería escucharlos por detrás, intentando convencerme para quedarme otro rato. Había tomado la decisión. No saber cuánto tardarían en volver los de las motos me mantendría en vela toda la noche, pero estaba demasiado fastidiado como para quedarme y que no se me notara.

Ya he explicado antes que las cosas que pululaban en mi cabeza, incluso Amelia, pesaban diferente desde la muerte de mi tío. Las emociones estaban más a flor de piel. La rabia era más rabia. La ansiedad, más ansiedad. Y a veces no podía controlarlas.

Resoplé mientras caminaba para no lanzar un grito. Tendría guasa que se estuviera liando con él con mi chaqueta puesta. Por mí, podía quedársela, ya no la quería.

Se la regalaba.

Y era un fastidio, porque era la única chupa con capucha que me estaba un poco decente.

De repente, todo era un asco.

Me adentré en la penumbra de las calles vacías que sorteaban la plaza. Solo el suave ulular del mismo viento frío que había hecho que Amelia se marchara, rompía el silencio. Los pocos vehículos aparcados no dejaban espacio a cualquier otro que quisiera circular en aquella dirección. Las farolas, demasiado alejadas unas de otras, sumían la cal de las fachadas en una oscuridad inaccesible a la luz de la luna. Alcé la vista hacia las persianas corridas y los balcones cerrados. Daban la impresión de contener mil ojos que se burlaban de mí:

«Ahí va Marcelo, sin chica y sin chaqueta».

Me sentía totalmente ridículo.

Y entonces vi aquella sombra. ¿Se trataba de Amelia, a lo lejos? Me lo pareció sin duda. Vi su pelo largo y liso dibujado en la pared,

y el contorno de su cara con la nariz chata. Se reía. Era su risa. Flotaba ligera hasta llegar a mí. Llevaba puesta mi chaqueta, veía la silueta de la capucha, pero no podía ser. Amelia se había largado con Segis hacia el extremo opuesto del pueblo, no vivía cerca.

Me aproximé despacio y desapareció por la esquina. Apreté el paso y, cuando doblé y la busqué, me pareció verla de nuevo. Corría.

Aceleré, sin entender exactamente a qué estaba jugando. Aquello no tenía sentido. Corría ella, tan lejana que apenas la distinguía; y la perseguía yo, cada vez más rápido. Una calle, otra esquina y otra más, cada vez más seguro y confiado... hasta que al torcer en una la encontré parada frente a mí, el pelo lacio sobre la cara, la piel azulada, un ojo a medio salir.

No era ella, sino Pascu. El Pascu muerto con las heridas en los brazos y la columna torcida. Con la mueca macabra con la que lo soñaba cada noche.

Lancé un grito ahogado y cerré los ojos. Entonces me zarandeó.

—Ey, ey —me dijo—. ¿Estás bien?

Los abrí de nuevo y no era ni Pascu ni Amelia.

—¿Sebas? —pregunté, con el corazón que se me iba a salir del pecho.

Sebas era inconfundible, una mole de brazos robustos y dedos cuadrados. Me tenía sujeto por los hombros. Fue ahí cuando me di cuenta de que no me había estado zarandeando, sino que era yo el que había blandido brazos y piernas hasta que me inmovilizó.

Sebas me observaba con los ojos muy abiertos. Escudriñaba mi cara con total atención, como si no terminara de reconocermelo.

—¿Marcelo? Chico, si te digo quién me había parecido que eras... —susurró, cuando ya estuve más tranquilo y pudo soltarme.

Intenté recobrar el aliento. Me había dado un susto de muerte.

—Si te lo digo yo... —repliqué.

Nos miramos y no dijimos nada. Intentábamos recobrar el aliento, yo agachado, con una mano apoyada en la pared; él más erguido, mirando al cielo, midiéndose el pulso.

—Quería darte el pésame —me dijo muy serio.

Él había encontrado a Pascu. No lo había visto en mucho tiempo y no vino al funeral.

Asentí a modo de agradecimiento y me incorporé.

Aquel encuentro se me antojó de lo más extraño. Parecía como si estuviéramos pegados a aquella esquina. No nos dijimos más ni movimos un dedo, hasta que escuchamos una persiana correrse. Dimos un respingo.

Eran las doce y media de la noche.

—Es hora de dormir, chico —me dijo.

Di una vuelta sobre mí mismo para ver dónde me encontraba exactamente. Durante los últimos minutos había estado corriendo tras sombras, perdiendo totalmente la orientación.

—Si vas para tu casa, es por aquí.

No tardé más que unos segundos en ubicarme.

Caminamos despacio en la misma dirección. No nos cruzamos con un alma. Sebas me miraba todo el tiempo de reojo, como si estuviera debatiéndose entre decirme algo y quedarse callado. Mi padre siempre dice que si ves a una persona así es mejor dejarla a lo suyo. Es señal de que está pensando lo que tiene que decirte. Pocas personas piensan antes de decir las cosas y, a las que lo hacen, hay que dejarles su tiempo, se lo merecen.

—Apreciaba mucho a tu tío, Marcelo. Lo apreciaba de verdad. Era un amigo —dijo con la vista fija al frente.

Me volví a mirarlo, extrañado. Mucha gente apreciaba a Pascu, pero nadie se había referido a él como a una persona entera, completa, un amigo. Lo agradecí de corazón.

—Gracias, Sebas.

Me miró de reojo y volvió a ignorarme. Lo hizo un par de veces más.

Después se detuvo y yo a su lado, con las manos en los bolsillos, lo imité. Por lo que estaba tardando en soltarlo, el pensamiento que le rondaba debía de ser muy importante y trascendental.

—No me lo quito de la cabeza, Marcelo. No me quito de la cabeza a tu tío.

Tragué saliva y asentí. Tenía los ojos brillantes y yo no sabía si era de emoción o de sueño.

Sebas era un hombre de campo de los de siempre, acostumbrado a los ciclos de las cosechas, de los animales y de la vida. Para él la muerte era tan necesaria como las lluvias, por eso me extrañaba que hablar de Pascu le pusiera tan nervioso.

—Incluso lo escucho llamarme, a veces —me soltó—. Es como si aún lo viera. ¿Te puedes creer que pensé que eras él cuando te vi en aquella esquina? Creo que me llevó hasta ti. Me sacó de casa y me hizo encontrarte. Sé que es una soberana tontería, lo que acabo de decir... —De repente me miró de arriba abajo, dándose cuenta de con quién hablaba—. Bueno, Marcelo, chico, vete para casa que ya es tarde.

No podía dejarlo ir. Sentía que el mismo impulso que me hizo correr tras la sombra de Amelia, me obligaba a perseguirlo.

—Vete a casa —insistió, al verme tras él.

No le hice caso.

—Dime primero cómo lo encontraste, Sebas. La verdad.

El hombre se detuvo en seco, sin volverse esta vez, y a mí, sin pensarlas, me salieron las palabras que llevaba dentro.

—Hay algo que no nos has dicho. Ni siquiera viniste al tanatorio, Sebas. Y nos lo tendrás que contar tarde o temprano, no podrás evitarlo, porque te quema por dentro. Lo sabes. ¿No te has visto? Tienes unas ojeras que te llegan a la barbilla. No se te ve en el bar de la plaza. Mejor antes que después. Quitátelo de encima.

—Tienes trece años, eres un niño... no puedo... —replicó, con la mirada gacha.

—Tengo ya dieciocho —mentí—. Soy un hombre, y era mi tío. Tu amigo. Tengo derecho a saber.

Si él me había quitado dos años, bien me podía yo poner tres. Ni para uno ni para el otro.

Suspiró, reanudó la marcha mirando al frente y, sin volverse, me dijo:

—Vente a casa entonces. No quiero hablar aquí. Nos tomamos una cerveza.

Y yo, lo seguí.